

una tela grosera y remendada, arrasados en lágrimas los ojos, orando con sus dos tiernas niñas, hambrientas y desnudas, en una húmeda pieza de descascaradas paredes y lúgubre, por el hombre que le despoja de lo que la caridad de un ángel le envía, es la escena menos desgarradora de la vida de esos desventurados séres. Sí, la menos desgarradora; porque ese interesante grupo de tres inocentes mártires, no está ennegrecido por la imponente figura del jugador que, frenético por haber perdido, penetra en la pieza profiriendo insultos y blasfemias, y dando señales muchas veces de habersele extraviado la razón.

—Eso sería el colmo de las desventuras para la infeliz Elisa.

—Pues en el débil estado que le dejó su larga enfermedad, y en los accesos que le asaltan cuando la suerte le es contraria en el juego, temo que se realice esa desgracia. Pero yo estoy dejando transcurrir inútilmente un tiempo precioso que reclama mi presencia en otras partes. Adela y Luz nos llaman acaso afligidas en este momen-

to, y es preciso arrancarlas del poder de sus verdugos.

—¡Ah! ¡cuánto diera por poder acompañar á vd., amigo mio....! Cuando la materia está en acción, el espíritu padece menos; y alentada el alma con la dulce esperanza de hallar al objeto amado, no da lugar á que la imaginación se entregue á funestas y desgarradoras ideas.

—Es que la mía está constantemente ocupada con la memoria de la mujer que amo, desde que mis ojos se fijaron en la jóven Soledad, que vino á despertar con su semejanza todos mis recuerdos del pasado.

—Y si el corazón de esa jóven está libre, ¿por qué no realizar con ella los sueños de ventura y de felicidad que acarició su mente en otro tiempo?

—¡Ah!.... eso es imposible.

Dijo Nuñez triste y conmovido.

—¿No acogió con benevolencia la demostración de amor de vd. el día en que la llegó vd. á equivocarse con su querida Adela?

—Sí, amigo mio.

—Pues entonces....

—He dicho que es imposible.

—¿No reúne las mismas gracias y figura que la hechicera que hizo latir por primera vez su corazón?

—Sin duda alguna. Sus facciones, su sonrisa, su dulce mirada, su aire de pureza y de candor, todo, todo es un perfecto traspunto de la mujer que amo con todas mis potencias. No se parece mas una gota de agua á otra gota, ni un lirio á otro lirio que Soledad á mi inolvidable Adela. Pero no es ella.... ¡no es ella!.... Y por íntima y profunda que sea mi simpatía hácia esa jóven, cuya imágen conservo, á pesar mio, en mi memoria: por grande que sea el interés que ha despertado en mi alma, nunca podrá ocupar el lugar del primer objeto de mi amor. No sé qué fuerza secreta y sobrenatural me arrastra hácia ese ángel que se apareció á mis ojos como la realizacion de mi esperanza: no sé qué atraccion magnética bebí en sus miradas y se filtró en mi alma, que me lleva hácia esa jóven que atesora los encantos de mi amada; pero es lo cierto que no he vuelto á cruzar por su ca-

lle, que he renunciado al placer de verla, y que he hecho los mayores esfuerzos hasta para desterrarla de mi memoria. ¡Solo siento—añadió profundamente conmovido—que se haya mostrado deferente á mi manifestacion de amor, porque así no hice mas que despertar un sentimiento dulce en su corazón, para verter luego la hiel del desengaño y pasar á sus ojos por un malvado!....

Y Nuñez sintió nublada su vista por las lágrimas.

Parecia que le costaba un extraordinario esfuerzo no acercarse á la mujer que reunia las cualidades y la belleza del sér que amaba.

Su corazón, al hablar de aquella jóven, se conmovia tiernamente como si se tratase del objeto real que idolatraba.

El nombre de Soledad sonaba tan dulcemente á su oído y le hacia estremecer de dicha, como el de la inolvidable Adela.

Nuñez se reprendía á sí mismo este sentimiento, casi idéntico, que experimentaba entre la persona parecida y la verdadera. Su delicadeza se resistia á dar entrada á

otro cariño que pudiese competir con el que consagraba á la mujer que habia adquirido derechos sagrados á su amor, y no se podia explicar la causa de olvidar muchas veces la memoria de Adela con el recuerdo de Soledad.

¿Era acaso que amaba á ésta?

Núñez se estremecía cuando le asaltaba este pensamiento, y se ponía triste temiendo un cambio en su corazón.

—¡No, no....!—exclamaba luego como queriendo desechar aquella idea que calificaba de criminal;—yo no amo mas que á Adela: mi corazón y mis pensamientos son de ella.... de ella solamente: Adela es mi dicha, mi felicidad, mi mundo, mi vida: sin ella todo es muerte y agonía.... ¡todo llanto y tristeza....!

Rafael comprendió lo mucho que debia padecer su amigo; pero ignoraba la lucha interior que sostenia para que la memoria de Soledad no disputase el imperio de su alma á la memoria de la desdichada Adela.

Núñez, á quien empezaba á preocupar la idea que le dominaba siempre que se pro-

nunciaban aquellos dos nombres que se disputaban el dominio sobre su alma, hizo un esfuerzo para romper el vasallaje que se sentia arrastrado á pagar á la prima de D. Félix, estrechó la mano de su amigo, y dominado por la memoria de su desdichada Adela, exclamó con una emocion profunda.

—Los que tenemos la dicha de no haber gastado nuestro corazón en los placeres; los que hemos entregado nuestra alma y nuestra vida, nuestro pensamiento y nuestra voluntad á la mujer que ha hecho latir con el fuego del primer amor nuestro amoroso pecho, no podemos pertenecer á ningun otro sér de la tierra. Ni vd. podrá amar jamas á otra mujer que á Luz, ni Leopoldo á otra que á Clotilde, ni yo á otra que á mi tierna Adela....! Somos tres amigos desgraciados, condenados á una misma pena, á un mismo dolor.... á unos mismos sufrimientos....!

—Sufrimientos terribles que, á prolongarse mucho, acabarán con mi vida.

—¡Oh! no; yo tengo fe en que los padecimientos desaparecerán: yo tengo fé en

que á nuestras presentes penas seguirá una cadena no interrumpida de delicias amorosas, un mundo de placeres inefables, de felicidad sin término! Yo tengo fe en que la Providencia, despues de haber probado en el crisol de la desgracia los quilates de nuestros sufrimientos y de nuestra constancia, nos devolverá la perdida ventura, haciendo que encontremos á los seres que tan infamemente nos han sido arrebatados.

—¡Lo cree vd. así?

Exclamó Rafael irradiando en sus lánguidos ojos la alegría, sintiendo encenderse en su corazon, con las palabras de su amigo, la luz de la esperanza.

—Sin duda.—Contestó Nuñez con una seguridad que reanimó el caido espíritu de Rafael.—Pero para conseguirlo, es preciso no descansar un solo instante: buscar por todas partes á esos dos ángeles que gimen en poder de los malvados, y no desmayar ante los obstáculos y los contratiempos.

—Sí, es preciso buscarlas desde este momento:—dijo Rafael levantándose del sillón por el vigor y la fe que las palabras de Nu-

ñez habian prestado á su alma; pero al ver que su cuerpo no correspondia á la fortaleza de que estaba animado el espíritu, y que sus piernas, cediendo á la debilidad que les habia comunicado la enfermedad, se doblaban, obligándole á sentarse de nuevo, cuando trataba de correr en busca de su amada, exclamó con el acento mas profundo de tristeza:—Pero imposible....! ¡Yo no puedo buscarla....! ¡estoy condenado á permanecer quieto en esta silla cuando me parece escuchar la voz de mi amada Luz, que me llama en su auxilio....!

Y el desventurado jóven dejó caer su cabeza sobre el pecho, abrumado con el peso de su profundo dolor.

—Pero yo puedo buscarla, indagar su paradero, saber dónde se halla, y la buscaré, si, la buscaré desde este mismo momento, y la encontraré, como encontraré á la mujer que adoro.

—¡Ah! gracias.... gracias, generoso y buen amigo....!—dijo alentado de nuevo Rafael:—Sí; yo tambien participo de esa fe

de que está vd. animado, y espero en la felicidad.

—No hay, pues, que desmayar: adios, amigo mio: corro desde ahora en busca de los séres que constituyen nuestra dicha, y espero que pronto seremos felices.

—¡Ah....! sí, vaya vd., vaya vd. sin detenerse.

—Somos tres amigos desventurados; pero la desgracia que pesa sobre nosotros pasará al fin, y vd., Leopoldo y yo, lo digo con la fe que me inspira el Hacedor Supremo, alcanzaremos el bien que los hombres se han conjurado para arrebatarlos. Adios.

Y Nuñez estrechando la mano de su amigo, salió de la pieza llevando en su corazón la esperanza de su futura felicidad.

Rafael le envió, al salir, una mirada tierna y de gratitud, y se sintió como él, animado con la risueña idea de un delicioso porvenir; pero cuando volvió á quedar solo, cuando no pudo escuchar las palabras de consuelo de su amigo que hasta entonces habian sostenido su esperanza, el desaliento volvió á apoderarse de su alma; sintió que

la esperanza le abandonaba, y semejante á esas flores que se reaniman al sentir el vivificante calor del brillante sol, y se inclinan lánguidas sobre su tallo al ausentarse en occidente, así el amante de Luz se sintió animado al escuchar el acento lleno de fé del valeroso Nuñez, y quedó abatido, con la cabeza caida sobre el pecho cuando le vió alejarse.

Predispuesto su corazón al sentimiento y al dolor, miró como un sueño las risueñas esperanzas que un momento antes le hicieron concebir su leal amigo; creyó como imposible un porvenir feliz; y abrumado con el peso de las ideas mas funestas, ocultó el rostro entre sus manos, exhaló un hondo suspiro, y se entregó á los mas tristes pensamientos.

Agolpáronse á su imaginacion mil ideas desconsoladoras y terribles: trajo á la memoria las palabras de Nuñez con respecto á Willey; se acordó de la triste situacion de su desgraciado amigo Leopoldo; de la amarga vida á que estaba condenada la hermosa Elisa, esposa de D. Diego; de la po-

bre mujer á quien Nuñez habia conocido en casa de Doña Anita, y que estaba constituida en institutora de la niñez; de los tormentos que desgarraban el pecho del valeroso Nuñez; de las ilusiones de ventura sin término que él habia acariciado pocos dias antes, soñando en gozar de las caricias de la amorosa Luz, y que desaparecieron para no volver jamas; de los proyectos de felicidad trazados para el porvenir; y todas estas ideas juntas, agolpadas á su imaginacion, y asociadas á la terrible conviccion de que nunca seria feliz, le oprimieron horriblemente el pecho.

Rafael, no pudiendo resistir al peso de tantas emociones, levantó la cabeza, miró al cielo con afligidos ojos, juntó las manos en ademan de súplica, y abriendo sus pálidos y secos labios, exclamó con el acento mas profundo de dolor.

—¡Dios mio, Dios mio, ten piedad de los que padecen....!

Luego llevó la mano á la frente, que la sentia abrasada como si la fiebre volviese á invadirla.

Sacó un pañuelo para secarse algunas lágrimas que se asomaban á sus ojos.

Exhaló un suspiro arrancado por el recuerdo de la mujer que amaba.

Volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, y todo volvió á quedar en el mayor silencio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL SEGUNDO TOMO.

CAP. I.— <i>Un manuscrito</i>	3
CAP. II.— <i>La lectura</i>	20
CAP. III.— <i>El Desafío</i>	48
CAP. IV.— <i>Continuacion del cuaderno</i> ..	61
CAP. V.— <i>De la mano á la boca</i>	76
CAP. VI.— <i>La casa de juego</i>	92
CAP. VII.— <i>Un plan</i>	131
CAP. VIII.— <i>Una escena en el agua</i> ...	141
CAP. IX.— <i>La Cita</i>	612
CAP. X.— <i>Un baile leperocrático</i>	190
CAP. XI.— <i>Lo que pasó en el jardín</i> ...	237
CAP. XII.— <i>El Viérnes de Dolores</i>	252
CAP. XIII.— <i>La Semana Santa</i>	299
CAP. XIV.— <i>Fiestas de los indios</i>	335
CAP. XV.— <i>El padre Enrique</i>	365
CAP. XVI.— <i>Proyecto infernal</i>	400
CAP. XVII.— <i>Entre las flores el áspid</i> ..	411
CAP. XVIII.— <i>Asalto en despoblado</i> ..	452
CAP. XIX.— <i>La víspera de casarse</i> ...	471
CAP. XXI.— <i>Presentimientos</i>	494
CAP. XXI.— <i>Proyectos</i>	530

